

**NINA
KENWOOD**



**DRAMAS
INNECESARIOS**



Primera edición: septiembre de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Alejandra González
Dirección de arte: Lara Peces
Diseño de cubierta: Imogen Stubbs

Título original: *Unnecessary Drama*
Publicado por primera vez en inglés
por The Text Publishing Company, Australia
Nina Kenwood ejerce su derecho moral
a ser reconocida como autora de esta obra.
Todos los derechos reservados.
Ilustración de cubierta publicada por acuerdo
con The Bright Agency: www.thebrightagency.com

© del texto: Nina Kenwood, 2022
© de la ilustración de cubierta: Kitty O'Rourke, 2022
© de la traducción: Eva Pérez Muñoz, 2023
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1962-117-7
Depósito legal: M-9398-2023
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Abby

Capítulo 1

Capítulo 2

HAY UN RATÓN EN UN RINCÓN de mi habitación. Un ratón. En mi habitación. Donde duermo. Está sentado sobre sus pequeñas patas, paralizado por el miedo. Yo estoy en la cama, también paralizada por el terror.

En este momento, estamos manteniendo contacto visual directo.

Resulta irónico cómo hace unos segundos estaba tan cómoda y calentita en mi cama, sintiéndome segura, arropada y satisfecha conmigo misma. Pensaba que estaba en mi nueva casa, por fin siendo una adulta libre, cosmopolita, algunos incluso dirían que sofisticada y, sin embargo, estoy intentando alcanzar el móvil con una mano temblorosa, lista para llamar a mi madre y pedirle que venga a buscarme de inmediato.

No sé cómo terminar con esta confrontación. ¿Me tumbo como si fuera un perro, panza arriba, en señal de rendición? ¿Me mantengo firme y agito despacio los brazos para que me reconozca como humana y retroceda? Eso es lo que hay que hacer cuando te topas con un oso, además de so-

plar por un silbato. Cuando tenía diez años, memoricé cómo sobrevivir a un encuentro con un oso sin otro motivo que el de despertarme con una profunda ansiedad en el estómago ante la posibilidad de cruzarme con uno. También me preocupaban muchísimo las arenas movedizas, no saber hacer un nudo irrompible y no tener conocimientos para encender fuego con dos palos. Se comprende que mi yo de diez años se imaginaba que iba a necesitar esas habilidades en un futuro, aunque en realidad era una niña que se pasaba la mayor parte del día en casa y que una vez lloró porque casi le picó una abeja.

El caso es que soy una persona a la que le gusta prepararse. La esencia misma de quién soy es mi preparación, mis listas de tareas pendientes, mi investigación exhaustiva, mi lectura detallada, mis hojas de cálculo con códigos de colores, la energía que desprendo al levantar la mano con seguridad sabiendo la respuesta. Antes de mudarme, tenía una lista detallada de las cosas que necesitaba comprar, mecanografiada y organizada por tienda. Además, asigné cada artículo a una persona: mi madre, mi hermana mayor, Lauren, y yo, para que pudiéramos afrontar las rebajas del 26 de diciembre, o del Boxing Day, como se le llama aquí, con la mayor eficiencia posible. (Cuando le entregué la lista a Lauren, la miró y dijo: «No. De ninguna manera. Brooke, ¿por qué haces esto? No voy a ir»). Sin embargo, nunca se me ocurrió investigar qué hacer cuando te encuentras con un ratón en plena noche en el dormitorio de la casa que compartes. En lugar de gritar, como debería haber hecho, me he quedado paralizada nada más verlo, y ahora siento que el momento apropiado para los gritos ya ha pasado.

Esta es la primera noche que paso lejos de mi madre, Lauren y Nana. El comienzo de mi nueva y emocionante vida como universitaria, en una ciudad también nueva e impresionante. ¿Debería tomarme como un mal presagio el hecho de haber encendido la lámpara y ver un roedor portador de enfermedades? No tiene por qué. Quizá sea una buena señal. Puede que el ratón y yo nos hagamos amigos y vivamos pequeñas aventuras juntos. Viajará en mi bolsillo y lo llamaré Cornelius. Podría convertirse en una época encantadora de mi vida de la que escribiré cuando sea mayor.

Muevo el brazo levemente y el hechizo se rompe. El ratón sale corriendo, y aunque está lejos, por fin grito. Grito más fuerte de lo que me imaginé que podría hacer. Me pongo de pie de un salto y adopto una posición defensiva, con las piernas ligeramente flexionadas y las manos preparadas para atacar; una postura que recuerdo vagamente de la clase de defensa personal a la que acudí en séptimo curso. En un abrir y cerrar de ojos, el ratón ha dejado de ser mi amigo Cornelius y vuelve a ser una criatura repugnante.

—¿Brooke? —oigo un golpe en mi puerta y Harper asoma la cabeza—. ¿Va todo bien?

—He visto un ratón. Estaba en un rincón y luego ha salido corriendo por la puerta —respondo, intentando que no parezca que estoy al borde de las lágrimas. Voy sin pantalones. Solo llevo puesta una camiseta grande y la ropa interior. Creo que la camiseta es lo suficientemente larga para darme un poco de dignidad, pero todavía tengo la esperanza de que mañana, tanto ella como yo, podamos fingir que nunca ha visto la parte superior de mis muslos.

Harper es un año mayor que yo y esta vivienda pertenece a su familia. Tiene un pequeño y bonito tatuaje de una flor en el hombro y lleva un montón de finos anillos de oro superpuestos en los dedos. Su pelo, oscuro y rizado, enmarca a la perfección su rostro; su habilidad con el delineador de ojos supera con creces cualquier cosa que yo sea capaz de hacer, y durante nuestra primera conversación, esta tarde, ha mencionado dos bandas de música de las que nunca he oído hablar. Espero que este incidente con el ratón no eche a perder mis ya escasas posibilidades de convertirme en su amiga.

—Oh, Dios. Lo siento. Nunca había visto ninguno en el dormitorio. —Frunce el ceño y se pasa una mano por los rizos.

Entonces, ¿dónde los ha visto? Por mi expresión, se ha debido de dar cuenta del impacto que han tenido en mí sus palabras y de que ahora debo de estar pensando en la posible cantidad de ratones que ha visto en la casa, porque niega con la cabeza y se apresura a añadir:

—No, no, no te preocupes. No tenemos una plaga de ratones ni nada por el estilo. Vi uno la semana pasada en el patio de atrás, eso es todo. La casa es bastante antigua. Mañana podemos poner papel de aluminio y lana de acero en las grietas de la tarima —sugiere.

Ya me ha avisado de que hay un hueco en la puerta trasera que puede hacer que se enfríe la sala de estar, algo que podemos evitar colocando una toalla; de que el grifo del baño gotea, a menos que lo cierres con tanta fuerza que luego casi no puedes abrirlo; de que la cerradura de la puerta trasera se atasca y de que es posible que haya un poco de moho

en invierno; de que el horno hace mucho ruido, vibra y, a veces, se apaga solo. Además, el toallero y el portarrollos se caen de las paredes cada dos por tres y tendremos que acostumbrarnos a ese olor raro que desprende el armario del pasillo, ya que es imposible deshacerse por completo de él.

Sí, me ha explicado todo esto, pero nunca me ha dicho nada sobre ratones.

Ignoro los latidos de mi corazón y le sonrío. Luego, bajo las manos hasta los costados y digo:

–Buena idea. Te veo por la mañana. –Me meto en la cama, como si fuera a dormir algo esta noche, en lugar de buscar de inmediato en Google «enfermedades que te puede contagiar un ratón».



Capítulo 4

Capítulo 2

Capítulo 3

SON LAS SIETE DE LA MAÑANA y la casa está en silencio. Al final, logré dormir después de enterarme, gracias a una investigación exhaustiva, de que lo más probable era que el ratón no portara ninguna enfermedad infecciosa y de que este tipo de animales no puede ver muy bien, por lo que es posible que ese contacto visual que tuvimos no fuera tan intenso como imaginé.

Hoy es el día en el que llega nuestro otro compañero de piso. Lo único que sé es que se llama Jeremy. Nada más. Ni siquiera su apellido. Harper no ha sido muy comunicativa al respecto y estoy intentando fingir que soy una persona relajada, con la que es fácil convivir y que no se pone a hacer un montón de preguntas con demasiada ansiedad. «¿De modo que solo Jeremy, sin apellido ni ningún otro detalle identificativo? Sin problema, no me preocupa en absoluto, no tengo ninguna pregunta que hacer sobre él». Como si fuera lo más normal del mundo aceptar vivir

con un chico (en un espacio reducido y compartiendo baño) y no tener, al menos, un breve expediente sobre él, una descripción a grandes rasgos de quiénes son su familia, amigos, relaciones pasadas, notas académicas, historial médico, ideas políticas y publicaciones más controvertidas en las redes sociales. Y, sin embargo, aquí estoy, reflexionando sobre si debo cambiar rápidamente de habitación antes de que llegue.

Como Harper es la nieta de los propietarios y fue la primera en mudarse, se ha quedado con la habitación más grande, lo cual es lógico. El dormitorio cuenta con una chimenea decorativa, un armario empotrado y espacio suficiente para una cama de matrimonio, un escritorio y dos estanterías. Además, Harper lo ha llenado con una enorme cantidad de plantas y objetos al azar que no encajan, como un perchero horrible para sombreros sin ningún sombrero y un espejo pesado apoyado en una pared. La estancia está desordenada y repleta de ropa, adornos, decoración, fotos polaroid, discos de vinilo, joyas, un cuenco con cristales, libros... Había cuatro vasos de agua a medio beber, dos tazas de té medio llenas y una botella abierta de Powerade en su escritorio, todo demasiado cerca de su portátil abierto. Me dan ganas de ordenarla. Algo rápido: solo un poco de limpieza por aquí, unos ajustes por allá y una reorganización absoluta de sus armarios, eso es todo. Y mejor no hablamos de dónde ha colocado las cosas en la cocina. Las tazas y los vasos, en un cajón inferior, y los platos y cuencos, en el estante más alto; todo mal, según mi opinión, pero estoy haciendo todo lo posible por no tomar el control.

Cuando llegué, Harper me dio a elegir entre las dos habitaciones restantes de la casa. Escogí la habitación con mejor luz y menos grietas en el techo, y en la que, al parecer, se esconde un ratón. Así que al misterioso Jeremy le ha tocado la habitación contigua a la mía, que es un poco más grande, pero que tiene una forma extraña y una gran mancha descolorida en la pared que me recordó de inmediato a una salpicadura de sangre. Desde entonces, la llamo «el dormitorio de los asesinatos»; un nombre que, una vez que tu cerebro lo asocia a un lugar, no desaparece así como así.

Asesinato o ratón. Menudo dilema.

Estoy reflexionando sobre ello en la ducha cuando llaman a la puerta del baño.

—¿Hola? —grito tensa, como si estuviera respondiendo a una llamada de un número desconocido.

Harper responde también gritando, pero no logro entenderla. ¿Me ha dicho que salga de la ducha, que deje de desperdiciar agua caliente, que me dé prisa? ¿He hecho algo mal o infringido alguna regla? Todavía no conozco las normas de la casa, así que no ha debido de ser eso. Y solo llevo cinco minutos en el baño. Me siento un poco molesta por esta posible actitud dominante, a pesar de que me he pasado la mayor parte de mi vida golpeando las puertas de los baños y gritándole a Lauren que se diera prisa. Pero eso es diferente. Eso es cosa de hermanas y está justificado porque, si la dejas, Lauren es capaz de pasarse cuarenta minutos bajo la ducha, gastando cada gota de agua caliente mientras se aplica sofisticados tratamientos en el pelo y exfolia cada centímetro de su cuerpo con productos por los que ha pagado demasiado dinero.

Me desconcierta que Harper haya asumido automáticamente el papel de líder de la casa. Porque puede que Lauren sea mi hermana mayor, pero yo siempre me he encargado de todo en casa. Fui la capitana de la sección artística del instituto, la codirectora de la obra de teatro que hicimos en décimo (junto con el profesor de teatro, por lo que tuve la misma autoridad que un adulto, una situación sin precedentes. Incluso me compré una boina negra; algo que, ahora que lo pienso, fue una equivocación), fundadora del club de lectura Jane Austen de secundaria, secretaria del comité de justicia social y líder del equipo de debate. Me siento muy cómoda llevando las riendas.

Pero, vale, aquí Harper es la que dirige el cotarro. Me conformaré con ser la segunda al mando. No lo diré en voz alta, pero, sin duda, lo pensaré.

Abro la puerta y echo un vistazo fuera del baño. Me he dejado el albornoz en la habitación, ya que nunca he tenido que preocuparme por taparme al ir del baño a mi dormitorio, y ahora no me queda otra que correr por la casa con una toalla demasiado pequeña.

Salgo disparada por el pasillo, casi corriendo, cuando llego a la cocina, pero me detengo al ver a un hombre y a una mujer allí parados cargando cajas; a un niño preadolescente sentado en medio del suelo que juega con una Nintendo Switch; a una niña más pequeña que se queja porque tiene sed, y a un niño pelirrojo que sostiene una muñeca Barbie sin cabeza.

Harper me mira con los ojos abiertos como platos y me doy cuenta de que antes ha llamado a la puerta del baño para advertirme de que había gente en la casa.

—Esta es Brooke —me presenta Harper.

Los dos adultos sonrían y me saludan con un gesto de cabeza y un «hola» mientras continúan ocupados con bolsas, cajas y niños llorosos. Apartan cortésmente la mirada de mi casi desnudez. Supongo que es la familia de Jeremy, nuestro nuevo compañero. Ambos me resultan muy familiares: los he visto antes, pero no sé exactamente dónde.

Paso junto a ellos en la cocina, fingiendo una sonrisa y siendo muy consciente de que llevo la toalla un centímetro por debajo de mis nalgas y de que apenas me cubre el pecho. Esta es la segunda vez que Harper me ve la parte superior de los muslos en un lapso de doce horas. Estoy completamente a favor del *body positive*; cuando eres la hermana menos atractiva, necesitas quererte a ti misma bien pronto, pero la parte superior de mis muslos es la parte de mi cuerpo con la que preferiría no empezar cuando conozco a alguien. Sencillamente, no son la mejor carta de presentación.

El niño viene corriendo hacia mí, agarra un trozo de toalla y tira de ella, lo que hace que mi situación de casi desnudez sea aún más precaria. Me inclino torpemente para soltar sus pequeños dedos regordetes, que se han aferrado a la toalla con un agarre hercúleo. No sabía que los niños eran tan fuertes.

—¡Abajo, abajo! ¡Es un robot! —grita el niño, señalando debajo de la toalla. Dios mío, ¿dónde está la madre de esta criatura? Miro a mi alrededor con desesperación.

—Mira, ya ha llegado —dice Harper, mientras alguien más entra en la casa, cargando una pila de cajas que le oculta el rostro—. Brooke, este es Jeremy. Jeremy, te presento a Brooke.

Estoy demasiado ocupada intentando frustrar el intento de humillarme y dominarme de este pequeño como para prestar atención.

–Oh, nadie me llama Jeremy –dice él.

Un momento. Alzo la cabeza al instante. Conozco esa voz.

La pila de cajas desciende y aparecen un par de ojos.

Esos ojos...

Luego, puedo verle toda la cara. Nariz alargada, hombros anchos, pelo castaño despeinado detrás de las orejas.

Es Jesse.

